

# La izquierda española, los nacionalismos magrebis y el problema del Sahara **II**(1)

Hay opiniones prefabricadas, como hay frases hechas, y que una vez aceptadas por una especie de asenso común, circulan como moneda contante y sonante, sin que nadie se tome la molestia de analizarlas y, con mayor razón, ponerlas en tela de juicio.

Una lectura de la semi-independizada prensa española de los últimos meses con respecto al problema del Sahara nos procura un buen ejemplo de esta aceptación acrítica de las ideas hechas, herencia sin duda del maniqueísmo político elemental en que ha vegetado el país por espacio de casi cuarenta años. Nunca nos hemos distinguido los españoles por nuestra capacidad de matización y discernimiento, y si ello nos parece natural en el caso de nuestra sempiterna, inmovible derecha, lo resulta mucho menos tratándose de aquellas fuerzas políticas que, por situarse en la vanguardia del progreso, deberían esforzarse en examinar el asunto en todos sus aspectos y pormenores, sin incurrir en esquematismos abusivos ni simplificaciones groseras. Las circunstancias especialmente lamentables que rodearon la firma del acuerdo tripartito de Madrid del 14 de noviembre de 1975 explican en gran parte, es verdad, la actitud favorable a las tesis de Argel y el Polisario de la casi totalidad de la oposición española. Ello, unido a la ignorancia e incompreensión absoluta de los objetivos del movimiento nacional marroquí desde los tiempos del Protectorado, ha fomentado una especie de "mentalidad Far-West", según la cual, toda posición de "Argelia-progresista" es una posición progresista, y toda posición de "Marruecos-reaccionario" es una posición reaccionaria. Dicha actitud, como vamos a ver, revela un desconocimiento flagrante de las realidades históricas, políticas y humanas del Magreb, tanto cuanto pone entre paréntesis todo un siglo de lucha tenaz del pueblo marroquí contra la intervención colonialista europea. Pero querer asimilar la ideología a sostenes simplistas, dictados por razones de coyuntura política interna o simpatías y afinidades personales —y prescindiendo del problema de fondo— es una actitud meramente oportunista, cir-

cunscrita al estrecho marco de la actual circunstancia española, que no puede ni debe satisfacerlos. Una cosa es la ideología, y otra, muy distinta, la táctica. Al confundirlas, corremos el riesgo de sustituir el análisis de los hechos y realidades con consignas y olvidar el precepto de Gramsci, según el

el simple hecho de escribir en castellano y no hacerlo al gusto de quienes nos gobernaban y gobiernan. Al poner sobre el tapete una serie de hechos y reflexiones, quisiera tan sólo (aunque ello sea utópico en una sociedad en donde tradicionalmente se tiende a personalizar los problemas) que la discu-

## Juan Goytisolo

cual, la verdad —por cruda y desagradable que sea— es siempre revolucionaria.

No ignoro que al exponer mi punto de vista personal sobre el problema, corro el riesgo de suscitar el tole, o más bien el griterío, que en estos casos suele zaherir a quien se atreve a perturbar con sus intempestivas reflexiones el cómodo clisé sobre el que se adormecen las buenas conciencias. No es la primera vez que nado contra corriente y espero que no será la última: por espacio de dieciocho años he sido objeto de toda clase de denuestos, incluso los más bajos, por

sión (si la hay) se mantuviera en el plano de las realidades e ideas, sin caer en los hispanísimos procesos de intención en que tanto destacan los plumíferos de derechas.

La prensa española independiente debe acostumbrarse desde ahora, aun en la fase actual de libertad vigilada, a un libre debate de ideas sin represiones y censuras, por bien intencionadas que sean. Del que responda o no a esta necesidad primordial depende en gran parte —estoy seguro— el futuro de nuestra democracia.

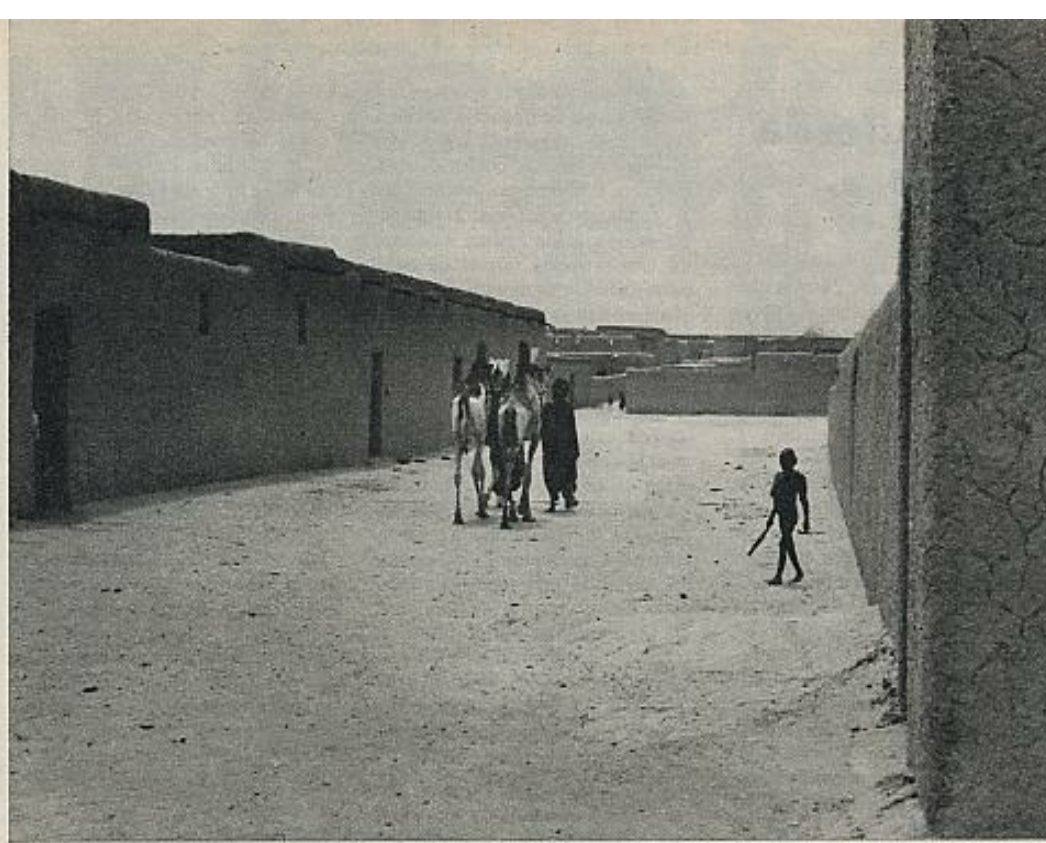
Para que quede bien clara mi intervención en el asunto, precisaré

ab initio que mis simpatías políticas e ideológicas van hacia la Revolución argelina y no hacia el Régimen actual de Marruecos. Dichas simpatías, agregaré, no son de ahora, pues se remontan al período en que el pueblo argelino combatía, en condiciones extremadamente difíciles, por su libertad e independencia. Durante los primeros años de mi exilio voluntario en París fui testigo de las violencias racistas contra la masa obrera argelina residente en Francia (detenciones arbitrarias, asesinatos, torturas, toque de queda, etcétera), así como de la lucha clandestina del FLN contra tales atropellos y brutalidades, y me enorgullezco de decir que, junto con muchos otros simpatizantes europeos, colaboré, muy modestamente, en el movimiento de resistencia. Este exiguuo sostén activo a la Revolución argelina me valió, no obstante, una invitación oficial del Gobierno de Ben Bella con motivo de las fiestas del primer aniversario de la independencia de Argelia, y desde esta fe-



Las lamentables circunstancias que rodearon la firma del acuerdo tripartito de Madrid del 14 de noviembre de 1975 explican en gran parte la actitud favorable a la tesis de Argel y el Polisario de la casi totalidad de la oposición española.





Con el descubrimiento de los yacimientos de fosfatos de Bu-Craa, el extenso territorio de arena y piedra se transformaba de pronto de un fabuloso Eldorado y suscitaba la codicia del capitalismo internacional. En la foto, un poblado saharauí.

cha he podido comprobar varias veces de visu los enormes progresos realizados por este país en el campo educativo, social, económico, etcétera. El golpe militar contra Ben Bella de junio de 1965 y el encierro tan cruel como injusto en que se le mantiene desde entonces, sin que la izquierda europea, que tanto lo adulara mientras ocupaba el poder, eleve la voz para protestar, enfriaron un tanto, es cierto, dichas simpatías; pero la actitud resueltamente antiimperialista del Régimen de Bumedíán en relación a las riquezas petroleras usufructuadas por Francia y su ayuda a los movimientos de liberación del Tercer Mundo (como los de Guinea-Bissau y Angola) redujeron posteriormente mis reservas a límites más justos. Verdad es que los métodos de reprimir la oposición, no sólo reaccionaria, sino de izquierda, del Régimen argelino tienen muy poco que envidiar a los de Túnez, Mauritania, Marruecos; con todo, la Revolución argelina representa hoy una serie de valores de progreso y dignidad que los regímenes políticos vecinos distan mucho de encarnar, valores que todos los hombres democratas y progresistas tenemos el deber de defender siempre y cuando se vean amenazados. Tratándose del Sahara Occidental y el actual conflicto que, **par Polisario interposé**, le pone a Marruecos y Mauritania, hay que admitir, sin embargo, que el Régimen de Bumedíán no puede decentemente esgrimir tal amenaza. Su actitud es pura y simplemente **nacionalista**, o, por mejor decir, **hegemonista**, pese al disfraz ideológico con que quiere revestir

el enfrentamiento. La idea de que la consecución de uno de los objetivos fundamentales del pueblo marroquí, avalado por la totalidad de los partidos de izquierda de Marruecos, de que el tema de la lucha nacional del país por espacio de veinte años, esto es, desde bien antes de la independencia de Argelia, obedezca a una conjura del imperialismo internacional contra la Revolución argelina, resulta difícil de sostener. Dentro de los límites de brevedad que nos impone el presente ensayo intentaremos explicar por qué.

En un reciente artículo publicado en "Al Alam", órgano del partido del Istiqlal, un periodista, Mohamed Larbi Messari, se lamentaba de la incomprensión e ignorancia de la izquierda española tocante a las realidades de su país, y, tras evocar de pasada la existencia de "un viejo equívoco" entre aquélla y el movimiento nacional marroquí, concluía púdicamente: "nuestra decepción actual en lo que concierne a su actitud acerca del Sahara sólo puede equipararse a nuestro desengaño con respecto a la izquierda española de antaño en relación a otros problemas" (1). Seremos menos corteses que él y hablaremos claro: el equívoco y decepción a los que alude se refieren a la tan triste como vergonzosa actitud de las fuerzas democráticas españolas ante un problema, la intervención político-militar española

(1) "La gauche espagnole voit un problème marocain à travers des lunettes algériennes", "L'Opinion", 9-II-1976.

en su país, que ha sido calificada, con razón, por el mejor historiador de la misma, de "una de las más absurdas y criminales acciones coloniales de la historia mundial de la opresión de los pueblos".

El libro de Miguel Martín (2), miembro, según nos revela en el epílogo de la obra, del PC de España, analiza despiadadamente no sólo la política de los colonialistas, para quienes Marruecos era "un zoco, un mercado de ascensos y recompensas, medallas y cruces", sino también de los partidos políticos republicanos, especialmente de los que representaban a nuestra clase obrera, desde el 14 de abril de 1931 hasta la victoria de Franco. Todos los españoles interesados en el presente y futuro del Magreb, del que el ex Sahara Español es parte integrante, deberían leer y releer las páginas, a veces acusadoras, a veces dolorosas, de este libro antes de lanzarse a una condena irreflexiva de las viejas aspiraciones del movimiento nacional marroquí, e incurrir, a cuarenta años de distancia, en los mismos errores y anacronismos que tan desastrosamente influyeron en la génesis y resultado de la guerra civil de 1936-39. Los hechos y palabras de los líderes republicanos, no ya de los Lerroux o Alcalá Zamora, sino de los Giménez Asúa, Martínez Barrio, Prieto o Largo Caballero, nos muestran que, ya fuesen liberales, social-demócratas o marxistas, no procuraron jamás introducir ninguna modificación en la política

(2) Miguel Martín, "El colonialismo español en Marruecos". Ed. Ruedo Ibérico, París, 1973.

colonial de Alfonso XIII y Primo de Rivera. "De 1931 a 1936, en el Protectorado no hubo el más mínimo cambio político-social. (...) La Administración republicana no intentó siquiera 'humanizar' el sistema, darles ciertos derechos (a los marroquíes), dotarles de autonomía, etc. Se limitaron (los republicanos) única y exclusivamente a continuar la 'pacificación' iniciada por la Dictadura. Ya hemos visto cómo dicho eufemismo trataba de esconder un verdadero campo de concentración para la población marroquí. (...) Marruecos se acercó a la República, recibiendo no una negativa, sino el desprecio más absoluto. Igualmente ocurriría luego con el Frente Popular. Los nacionalistas marroquíes vieron cómo sus peticiones entraban por una oreja de los partidos obreros y salían por la otra. Del divorcio —funesto para el pueblo español— de los demócratas españoles y los marroquíes tienen, repetimos, la culpa los primeros, y bien cumplieron la penitencia".

La realidad excede a la imaginación: en los programas electorales de gobierno elaborados por el PSOE y el PC no figuraba, por ejemplo, la menor referencia a las reivindicaciones nacionales y sociales del pueblo "protegido".

No obstante, los obreros y campesinos del Rif o la Xebala no podían exponer sus ideales de libertad e independencia, y no tenían siquiera, bajo la égida de la presunta "República de trabajadores", derecho a sindicarse (3). Más significativo aún: ambos partidos marxistas no admitían en sus filas a ningún marroquí, y dicha segregación aberrante se mantuvo, según Martín, en lo que concierne al PC, durante los primeros diez años del franquismo, por más que la lógica y el simple sentido común reclamaran con urgencia la unificación de todas las fuerzas populares. El mismo extravío y ceguera que condujo en diferentes períodos y circunstancias a hombres como Guy Mollet y Lacoste, Mitterrand y Thorez (4) a saludar o intervenir directamente en la represión colonialista francesa, los hallamos, quince años antes, en todos los sectores de la izquierda española, con la excepción de la FAI y la CNT. No es, por tanto, una exageración afirmar, como afirma Martín, "que para un colonizado, la Dictadura, la República y el Frente Popular no eran más que tres fórmulas imperialistas que escondían el mismo fin: la

(3) Este derecho se lo concedió Franco en 1936, para retirárselo tres años más tarde.

(4) La actitud de Thorez y el PCF ante los sucesos de Constantina del 45, atribuyendo la insurrección popular de las masas argelinas a una provocación fascista y exigiendo un castigo "rápido y despiadado" de los "culpables", es un botón de muestra del etnocentrismo de que ha adolecido y adolece aún un buen sector del socialismo europeo.



# Alianza Editorial

El libro de bolsillo

## NOVEDADES

Jorge Luis Borges  
Discusión

LB 614, 120 ptas.

Otras inquisiciones

LB 604, 120 ptas.

H. P. Lovecraft  
y August Derleth  
La habitación cerrada  
y otros cuentos  
de terror

LB 609, 120 ptas.

Manuel Andújar  
Visperas

2. El vencido

LB 606, 160 ptas.

Bertrand Russell  
La evolución de mi  
pensamiento filosófico

LB 605, 160 ptas.

Arnold J. Toynbee  
Guerra y civilización

LB 603, 120 ptas.

Judith M. Bardwick  
Psicología de la mujer

LB 572, 200 ptas.

## La izquierda española,

explotación de su país. Para un rifeño de Tarquist (nuestros líderes marxistas) eran los continuadores de la política colonial de Indalecio Prieto y Gil-Robles, de Alfonso XIII y Primo de Rivera, y los hechos no iban a tardar en darles razón".

Al producirse los sucesos de Asturias del año 34, la utilización de miserios mercenarios rifeños por parte de las fuerzas represivas del Gobierno de la República aumentó todavía la incompreensión y desdén de los partidos obreros contra las reivindicaciones nacionales del país oprimido. La propaganda marxista inició una campaña indiscriminada sobre las "salvajadas" marroquíes, y en el Protectorado, los carteles del Frente Popular exponían a la vista del proletariado y las masas campesinas de Tetuán y del Rif párrafos como el que sigue: "Dicen que ellos (los del cartel de derechas) son España, y llevaron moros a Asturias para razziar los hogares honrados españoles y saciar los más sucios y obscenos apetitos". Como dice Martín al examinar la plataforma electoral de los partidos del Frente Popular en lo tocante al nacionalismo marroquí, "veremos que no sólo no se hace mención de él, sino que su propaganda lleva una carga racista injusta a todas luces. Los hechos de Asturias no autorizaban a denigrar a todo un pueblo. Mayores crímenes, abusos, robos, violaciones cometieron los españoles en Marruecos, y Abd-el-Krim se cuidó de diferenciar lo que él llamaba partido colonial del resto de los españoles".

Con el levantamiento militar de Franco, los partidos marxistas, en vez de concretar y dar cuerpo a la alianza objetiva existente entre las fuerzas democráticas españolas y los nacionalistas marroquíes, se lanzaron a una propaganda chovinista, abiertamente racista, que, sin establecer distinción alguna entre manipuladores y manipulados, ponía a todo el pueblo marroquí en el mismo saco, en tonos mucho más propios del señor Blas Piñar y sus amigos de Fuerza Nueva que de quienes se proclaman seguidores de Lenin, Engels y Marx: "Morisma salvaje, borracha de sensualidad, que se vierte en horribles violaciones de nuestras muchachas, de nuestras mujeres (...), moros traídos de los adueros marroquíes, de lo más incivilizado de los poblados y peñascos rifeños". Hubiera sido lógico preguntar a la destacada personalidad que profería dichas enormidades (y cuyo nombre omito, por segunda vez, en razón del profundo respeto y simpatías que me merece) qué había hecho o propuesto su partido para "civilizar" a estos salvajes y aportar una vida digna y de-

cente a sus poblados y adueros. Nada, absolutamente nada, y una delegación de nacionalistas, despatchada al campo republicano con la propuesta de sublevar el Rif contra el Ejército de Franco a cambio de una promesa formal de independencia, tropezó con increíbles evasivas y demoras que, en la práctica, equivalían a un rechazo. Con el agua al cuello y a punto de ahogarse los partidos de izquierda de la República, ignoraron aún las reivindicaciones legítimas de Marruecos. Mientras Franco ofrecía toda clase de promesas y facilidades a los nacionalistas y canalizaba hábilmente el resentimiento popular contra los atropellos y violación de los derechos humanos llevados a cabo en nombre de la República, un marxista-leninista como Largo Caballero denunciaba en las Cortes que al conceder la libertad a los marroquíes, Franco violaba los acuerdos internacionales que ga-

sión con su separación. El final no podía ser otro".

Uno podría esperar —después de leer e informarse de historia tan poco brillante— que la izquierda española ha aprendido la lección y ha procedido a una saludable y necesaria autocritica, reconociendo las viejas aspiraciones unitarias del movimiento nacional marroquí y entablando diálogo con él, particularmente con su sector más progresista y avanzado. Los acontecimientos de los últimos cinco años prueban, desdichadamente, que no ha sido así, y que tratándose de Marruecos, nuestra izquierda camina con las mismas anteojeras de antaño. Cuando el franquismo lanzó la idea de la autodeterminación del Sahara, nuestros partidos de oposición desaprovecharon la oportunidad que se les brindaba para denunciar, de acuerdo con la izquierda marroquí, el carácter cínicoy oportunista de su maniobra. El



Laraki llega al aeropuerto de Barajas, el 24 de octubre de 1975, para preparar el acuerdo de Madrid. El ministro marroquí de Asuntos Exteriores aparece flanqueado por Solís, entonces ministro secretario general del Movimiento, y el embajador de Hassan en España.

rantizaban la existencia del Protectorado. Durante dieciocho meses —el tiempo necesario para movilizar en su favor a la masa marroquí—, la zona del Protectorado español se convirtió en el mejor refugio y centro de propaganda nacionalista del mundo árabe. Ello duró, claro, lo que tenía que durar. En 1938, conforme la situación militar se afianza y la victoria sobre la República deviene evidente, las autoridades españolas suprimen una tras otra las libertades que se han visto obligados a conceder. Un año después, la prohibición de partidos, clausura de periódicos y disolución de sindicatos marroquíes unifica el régimen político del Protectorado con el que reina en la Península. Dejamos a Miguel Martín la tarea de resumir la moraleja de la historia: "Dos pueblos oprimidos han favorecido a la opre-

Sahara no les interesaba, y todavía en el programa de lanzamiento de la Junta Democrática, de julio del 74, no figura la menor mención al problema, pese a la inminencia de la crisis que se avecina. Hoy día, simples razones de coyuntura política (la conveniencia de aprovechar el descontento creado por el acuerdo de Madrid, firmado in extremis por la derecha franquista, y las condiciones lamentables en que se ha abandonado aquel territorio) le han permitido escamotear una vez más el problema de fondo: la existencia y legitimidad de las reivindicaciones nacionales del pueblo de Marruecos. Mientras el secretario general del Partido Comunista Español rechaza con toda la razón del mundo las pretensiones del Partido Comunista Soviético de dictar la línea política de su partido como una injerencia intolerable en sus





Soldados argelinos tomados presos por las tropas de Hassan a raíz de un enfrentamiento en la frontera del Sahara en febrero de este mismo año.

asuntos internos, no vacila, en cambio, en intervenir en la actual crisis entre Argel y Rabat para apoyar las tesis de Bumedíán y condenar treinta años de política de unidad nacional del movimiento comunista marroquí. Dicha actitud paternalista se halla en contradicción abierta con la política de independencia de los partidos que proclama y defiende, en la medida en que equivale a oponerse a la política de unión nacional de todas las fuerzas políticas que reclama Ali Yata (y que el mismo Carrillo preconiza en España), lo cual es una intromisión en los asuntos interiores del PSP de Marruecos. La utilización de las potencialidades creadas por el problema del Sahara con vistas a canalizar la movilización popular hacia una apertura política y democrática, la justicia social y un programa de control popular sobre los actos y opciones del Gobierno, es un asunto que las fuerzas marxistas de Marruecos deben decidir por su cuenta, sin necesidad de consejos ni amonestaciones de nadie. Las izquierdas española y francesa se hallan especialmente mal situadas para emitir juicios oficiales y formular críticas respecto a la política actual de las fuerzas democráticas marroquíes. Pretender que hombres como Ali Yata, Buabid u Omar Bexellún (asesinado recientemente, en razón de sus ideas progresistas, por un misterioso grupúsculo de integristas musulmanes fanáticos), por el hecho de mantenerse fieles a los objetivos del movimiento nacional marroquí respecto al Sahara ocupado por España, y que figuran en sus programas desde hace décadas, se han convertido, como quisiera hacernos creer la propaganda

de Bumedíán, en peones y lacayos de la reacción internacional, es, simplemente, falso.

La actual izquierda española debe abandonar de una vez su actitud condescendiente respecto a Marruecos, y en vez de seguir los pasos de la izquierda de nuestros padres, proceder a un análisis objetivo de la justicia y razones del movimiento nacional marroquí. Calificar, como he leído, el entusiasmo popular que desencadenó la Marcha Verde de "exhibición folklórica", es caer en la misma deformación grosera, chovinista y eurocéntrica de la propaganda republicana antimarroquí durante nuestra guerra. Como recordaba hace poco el poeta e intelectual tangerino Tahar Ben Xellún —a quien ningún conocedor de la literatura magrebi podrá tildar de reaccionario—, "antes de que el Rey finalizara su discurso, las masas salieron a la calle y se manifestaron espontáneamente. Nadie podrá decir que las empujaron ni que las sacaron de sus casas diciéndoles: ¡Hola, vaya!". Todos los extranjeros presentes pudieron comprobar la autenticidad de este movimiento. Creo que cuando un pueblo se expresa con tanta verdad y unanimidad, merece que se le respete".

Se me dirá, con razón, que la población del Sahara Occidental merece también nuestro respeto, pero, como vamos a ver, un reconocimiento simultáneo de ambas realidades no es, en mi opinión, incompatible.

\* \* \*

Un paralelo con la tentativa gaullista de crear un Estado saharauí

en los territorios argelinos controlados por Francia nos ayudará a situar el problema dentro del marco histórico-político que lo encuadra.

En los últimos meses de la lucha de liberación del pueblo argelino contra el colonialismo, la metrópoli intentó desglosar la inmensa zona del Sahara del acuerdo global con los dirigentes del FLN. Era el período en que infinidad de carteles cubrían las paredes y muros con la consigna "Derrière l'Algérie, notre Sahara", consigna que descubría claramente los propósitos del imperialismo francés de la época: la creación de una entidad saharauí que debería más tarde decidir su destino por su cuenta, es decir, autodeterminarse.

Hubiera sido muy fácil, en unos pocos meses de administración "autónoma", estrechamente controlada por Francia, crear una "conciencia nacional saharauí", fomentar la creación de un movimiento independentista, prometer el reparto de los dividendos procedentes de los enormes yacimientos de petróleo entre unos pocos centenares de miles de habitantes. La carencia de lazos históricos entre la Argelia otomana y un territorio que nunca conoció la dominación turca hubiera favorecido el sentimiento autonomista interesado de una población que habría salido lógicamente beneficiada de tal independencia ficticia. Pero ello hubiera constituido una estafa para los 16 millones de argelinos que necesitaban de los ingresos de unas riquezas petrolíferas sin las cuales no habrían podido llevar a cabo, como lo han hecho, la modernización e industrialización del país. Sus razones, no obstante, hubieran sido motejadas de "ane-

xionismo" y "neoliberalismo" por el Estado fantoche que los franceses soñaban crear en el Sahara. Es juego de niños, en efecto, para las antiguas metrópolis crear Estados "independientes" con una riqueza totalmente desproporcionada a sus necesidades reales y obtener así el sostén de las poblaciones autóctonas. Inglaterra dio, como siempre, el ejemplo con la creación de los Emiratos del golfo Pérsico. Pero si hubiese que seguir como criterio los deseos de los habitantes indígenas tal como el colonialismo los ha "amentalizado", habría que dar razón a los independentistas ingleses en Gibraltar, a los franceses en Mayotte, al Frente de Liberación de Cabinda, etcétera. La argumentación "progresista" de dichos movimientos de autodeterminación cae así por su propio peso.

Como escribía recientemente el ex hombre fuerte del Régimen de Bumedíán, Kait Ahmed, al criticar los argumentos de aquél en favor del Polisario, "durante la negociación de los acuerdos de Evlan, escuchamos exactamente las mismas razones, expuestas aún con mayor brío, en boca de H. Joxe, jefe de la delegación francesa: referéndum, autodeterminación en nombre de la libertad de los pueblos —todo a fin de crear un mini-estado en nuestro Sahara—" (5). Felizmente para Argelia, los dirigentes del FLN tuvieron el buen sentido de oponerse a las tentativas secesionistas del colonialismo francés, imponiendo a la metrópoli una negociación global y asegurando así para todos los argelinos (y no para unos cuantos millares de saharauis) el producto de las riquezas del subsuelo sahariano. Los numerosos líderes argelinos que, como Kait Ahmed o el intelectual marxista Mohamed Harbi, se han pronunciado contra la creación de un Estado independiente en el Sahara Occidental, hacen valer, con razón, que su país no tiene ningún motivo para oponerse a una reivindicación del movimiento nacional marroquí, que, sin las vacilaciones y ambigüedades de la clase dirigente de Marruecos, hubiera podido resolverse pacíficamente desde 1956 si, en vez de aceptar, como aceptó, la presencia colonial española en diversos puntos y zonas del país a cambio de la independencia inmediata, hubiese mantenido hasta el fin sus exigencias de unidad (6). Pero la confiscación del proceso revolucionario desencadenado por la lucha anticolonialista en favor de las fuerzas burguesas y feudales condujo a éstas a desarmar al Ejército Marroquí de Liberación y a detener la lucha anticolonialista en las fronteras artificiales creadas por el impe-

(5) "Le Matin", 17-III-76.

(6) Véase Mohamed Harbi, "Un double chauvinisme", en el periódico maoísta "Libération", dirigido por Jean-Paul Sartre.





**En los negocios  
es un hombre de hielo  
pero una ligera sonrisa  
le traiciona.**

También el contacto con la gente, su mundo social,  
forma parte de su trabajo. Y con los demás,  
muestra siempre su discreción. Una copa. Una palabra.  
Una sonrisa en el momento justo. Es un hombre de hechos,  
que ha elegido la línea EXECUTIVE.  
Una línea de pocas palabras, para hombres como él.



**EXECUTIVE** de ATKINSONS

Su última palabra.

Eau de Cologne lujo. Eau de Cologne. Shaving Cream. Shaving Foam. After Shave. Deodorant.  
Sólo en establecimientos seleccionados por Atkinsons.



## el problema del Sahara

rialismo europeo (7). La firmeza de los dirigentes argelinos durante los acuerdos de Evian evitó así a Argelia el imbroglío político que el difunto colonialismo español crea hoy a Mauritania y Marruecos.

...

En 1956, una asamblea reunida en Um Achkak, en el territorio entonces administrado por España, y a la que asistieron 5.000 delegados procedentes de todas las tribus del Sahara, proclamó la voluntad de los saharauis de proseguir la lucha anticolonialista hasta su unificación con Marruecos. La contraofensiva militar francoespañola del 57 y las vacilaciones de Rabat impidieron que aquella tuviese lugar y ocasionaron el desmantelamiento posterior del Ejército Marroquí de Liberación. La advertencia había sido, con todo, suficientemente seria como para que los círculos colonialistas españoles procedieran con rapidez y energía a la empresa de amputar definitivamente el Sahara Occidental de Marruecos. En junio de 1958 y abril de 1961, el Gobierno franquista publicó sendos Decretos en virtud de los cuales Seguiet el Hamra y el Río de Oro se convertían en "provincias españolas", representadas ante el Régimen de Madrid por una Asamblea o Xema. Las protestas de Rabat no surtieron ningún efecto, y aunque, en 1964, la Asamblea General de la ONU adoptó una primera resolución sobre la descolonización de Ifni y el Sahara, preconizando la apertura de negociaciones entre España y Marruecos, el problema siguió en un punto muerto por la culpa de la evidente mala voluntad de los representantes de Madrid. Por aquellas fechas había intervenido en el asunto un hecho fundamental: el descubrimiento de los enormes yacimientos de fosfato de Bu-Craa. El extenso territorio de arena y piedra se transformaba de pronto en un fabuloso Eldorado y atraía las miradas y suscitaba la codicia del capitalismo internacional. En 1964 fue creada Fosbucraa con dinero del INI y la participación monetaria y técnica de sociedades norteamericanas y de Alemania Federal. Con mayor motivo que antes, los colonialistas españoles no estaban dispuestos a soltar su presa. La resolución 2.072 de la ONU, de diciembre del 65, en la que se invitaba a negociar de nuevo a Marruecos y España respecto a la descolonización de los territorios ocupados

por ésta, corrió la misma suerte que la primera. En 1966, Marruecos aceptó en Addis-Abeba el principio de la autodeterminación para las poblaciones saharauis. España y Argelia han reprochado luego a Rabat el incumplimiento ulterior de su promesa, pero omiten mencionar el hecho que fue el Gobierno franquista quien no aceptó entonces la celebración de un referéndum controlado por la comunidad internacional. La razón es muy simple: España no había empezado aún su proselitismo "independentista", Argelia apoyaba cuando menos verbalmente la tesis de Rabat y los resultados de una autodeterminación prometían ser en aquellas circunstancias abrumadoramente favorables a la reunificación con Marruecos.

Tras la restitución pura y simple de Sidi-Ifni a Rabat (8) y el acercamiento progresivo entre Argelia y Madrid, el panorama sufre un cambio total. Los colonialistas españoles comprenden al fin que España no puede mantener largo tiempo su presencia en el Sahara, y empiezan a ajustar su vieja política a los nuevos tiempos. En 1969, un joven saharauí, Mohamed Baciri, que había cursado estudios de Derecho y Periodismo en Egipto, crea una organización para la liberación del Sahara, titulada *Munaddamat Muslim*, que el 17 de julio de 1970 organiza una manifestación de masas en El Aaiún con la consigna de "liberación y unificación del país". La intervención represiva de las fuerzas colonialistas ocasiona decenas de muertos y heridos entre las filas de los manifestantes. El 20 de julio, Baciri es detenido, sin que hasta la fecha haya vuelto a saberse de él. El tiempo apremia, y Madrid imprime a su política saharauí un viraje de 180 grados. En adelante no se hablará de la "hispanidad" del Sahara, sino del derecho de autodeterminación del pueblo saharauí y de las ambiciones "expansionistas" de Marruecos. El objetivo de la nueva política consiste en organizar un referéndum que desemboque en la creación de un Estado saharauí y sustituir así la ocupación colonial abierta con una entidad fantoche que, en razón de su misma inviabilidad, debería colocarse, a las buenas o a las malas, bajo la tutela del Régimen de Madrid. Sin Ejército, sin Administración, sin infraestructura económica, sin técnicos, sin experiencia, con un territorio extenso y apenas habitado, el futuro Estado saharauí devendría automáticamente, conforme a los deseos de sus padrinos, en un apéndice o marioneta de España.

Una campaña psicológica hábil-

(8) Aunque las resoluciones de la ONU ligaban Sidi-Ifni y el Sahara y reconocían el derecho de autodeterminación de sus habitantes, el acuerdo entre Madrid y Rabat, mediante el cual España cedió el territorio a Marruecos, no suscitó objeción alguna por parte de la comunidad internacional.



La actual izquierda española debe abandonar de una vez su actitud condescendiente respecto a Marruecos para proceder a un análisis objetivo de la justicia y razones del movimiento nacional marroquí. En la foto, Hassan II durante una conferencia de prensa en su palacio de Rabat.

mente orquestada subrayará el carácter reaccionario y retrógrado del Régimen marroquí al tiempo que agitará ante los ojos de una población excluida hasta entonces de los mínimos "beneficios" que suelen justificar las empresas colonialistas una serie de promesas grandiosas, por no decir miríficas. Después de casi un siglo de abandono e ignorancia, Madrid "descubre" la existencia de un pueblo saharauí con identidad y particularidades propias, y se lanza apresuradamente a la noble tarea de promover su bienestar material y espiritual. **Todo el dinero y técnica que la metrópoli había rehusado obstinadamente durante la larga ocupación del territorio, los dispensa de pronto, a manos llenas, en el momento en que se declara dispuesta a abandonarlo.** Situación paradójica sólo en apariencia, tanto cuanto revela las verdaderas intenciones del franquismo: ningún Gobierno colonialista —y el español no es, desde luego, una excepción a la regla— se muestra súbitamente generoso con los colonizados sin exigir una contrapartida. La operación "Sahara independiente" será el disfraz destinado a camuflar el mantenimiento de la presencia colonialista española en aquel territorio.

El *Munaddamat Muslim* se disgrega bajo los golpes de la represión que sigue a los sucesos de 1970, y dos nuevas fuerzas políticas aparecen en escena: el *Morehob*, dirigido por E. Moha, que proclama desde Argel el derecho a la autodeterminación del pueblo saharauí con vistas a la futura independencia del territorio, y el FLU, que, con la ayuda de Rabat, mantiene la lucha por la unificación con Marruecos. El Gobierno franquista ha aceptado entre tanto el principio de autodeterminación del Sahara

de acuerdo con las nuevas resoluciones de la ONU de 1969 y 1972, y desde 1973 concentra todos sus esfuerzos en la preparación de un referéndum que, según sus propósitos, consagrará la creación de una entidad "independiente", estrechamente controlada por España. Dicha preparación no se revela cómoda, en razón de las dificultades inherentes a la elaboración de un censo de los habitantes (debido al fenómeno del nomadismo) y del problema de los refugiados saharauis, que, huyendo de la represión colonialista anterior, acampan en las zonas fronterizas de Marruecos y Mauritania (solamente en aquéllas son más de 20.000). La creciente tensión con Rabat y el desasosiego y división de los saharauis obligan a reforzar los dispositivos de las fuerzas de ocupación, y cuando, en el verano de 1974, Madrid notifica oficialmente a Hassan sus propósitos de proceder a la autodeterminación del pueblo saharauí mediante un referéndum garantizado por la ONU, el Sahara Occidental conoce una situación única en la historia de los procesos descolonizadores: El número de militares y funcionarios de la metrópoli encargados de velar por la libertad del referéndum es superior al de la población total del territorio. Ochenta mil españoles aseguran la autodeterminación de 74.000 saharauis; dado que el número de eventuales votantes adultos de sexo masculino no alcanza la cifra de 20.000, la aritmética nos descubre que por cada votante saharauí hay cuatro españoles encargados de vigilarlo. En tales condiciones, los resultados del referéndum no ofrecen dudas, y para frustrar la maniobra franquista, Rabat recurre en septiembre a la jurisdicción del Tribunal Internacional de La Haya. ■ J. G.

(7) Uno de los dirigentes del ala progresista del Movimiento de Liberación, Abbas, fue asesinado por aquellas fechas, sin que el poder descubriera jamás a sus ejecutores.